

cio ideal que hace de todos una sola realidad, relájase al extenderse, y, si la raza no fuere homogénea, como pasa entre nosotros, claudica a veces, en los episodios siempre nuevos, siempre numerosos, de la tragedia civil.

## 5

Costa Rica representa las virtudes más estimables de la convivencia humana. Su obra carece del *penacho* pomposo que otras naciones ostentan en el Continente; pero tiene los atributos de los pueblos modernos, que van de acuerdo con su momento histórico y no a descompás. Educa a sus hijos en el bien y la libertad. Hirió de muerte ya, como el San Jorge de las leyendas caballerescas y hagiográficas, la hidra espantable de la discordia intestinal. ¡México, así habías de hacer! Sabe que la vida es «cotidiana», como dijo el poeta, consecutiva, ordenada, superior. No arremete, quijotesca, para realizar quimeras inasequibles; no se gasta en empresas desconcertantes; no hace ir por un lado la voluntad nacional y por otro el entendimiento; no divorcia el ideal y la realidad, ni sufre los espasmos y el frenesí de México o de Venezuela; pero sabe guardar, bajo el paño de la prudencia, el oro puro del ensueño, y civiliza y cree y triunfa. Porque, en nuestro siglo, Don Quijote, que murió cuerdo ya, después de hacer confesión general de sus culpas, en el último capítulo de la vida milagrosa que le prestó Cervantes, ha resucitado, y no cesa de acometer nuevas empresas, pero sin exponerse demasiado a ocupar la celda de una penitenciaría o el lecho miserable de un manicamio.

## 6

Por eso es modelo de Repúblicas la pequeña República discreta. Nosotros tenemos plena fe en ella. La amamos con predilecto orgullo. La mostramos a nuestros amigos y a nuestros enemigos, los «civilizadores» anglosajones, como se muestra el relicario en que se guarda, con ternura, la joya mejor. Cada vez será más grande, dentro de su artística pequeñez. ¡Ojalá México pueda, algún día, mostrarse al mundo, como la nación centroamericana, dechado de virtudes modernas, emblema de ventura y de paz!

ANTONIO CASO.

## Revista de Filosofía

CULTURA, CIENCIAS, EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSE INGENIEROS y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 págs.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior, » 5 \$ oro.

Redacción y Administración

Belgrano 475 — BUENOS AIRES

# Trofeos de amor

—Del tomo *Cuentos y Parábolas*, Buenos Aires, 1922. Del envío le quedamos agradecidos al Sr. GONZÁLEZ, que es entre los escritores jóvenes del Paraguay, uno de los más reputados.—

## I

HABITABA rústica vivienda de palmera, levantada en el centro de la *isla* — uno de esos montículos perdidos en las verdes llanuras. Todas las mañanas, abandonando su refugio, la esperaba en un recodo del camino para acompañarla hasta la fuente. La ofrendaba con orquídeas de leves pétalos, blancas como plumas de garza o doradas como estrellas. ¡Cuán impregnada de pasión, sonaba en sus oídos, la voz de aquel Hércules de ásperos cabellos!

—Tus ojos son negros como una pena y sonrías cual húmedas auroras, y tu frente circundada de rizos semeja menguante luna orlada de ligeras nubes—le murmuró un distante día.

Regresaban, juntos, hasta las cercanías del rancho. Deteníanse, de pronto, dejándola marchar con su menudo paso por la senda tapizada de gramillas. Las mórbidas turgencias del cuerpo combinaban, a través de las blancas enaguas y del *typoi* ornado de *ñandutíes*, sensuales y primorosas estrofas como jamás labraron los más sutiles poetas del amor. Seguía la con la mirada—¡con esa mirada tenaz de sus pardos ojos!—prendado del ritmo de sus caderas y del garbo de su porte.

Gozosa, sonreía la mañana como una mujer. Por vez primera, no se encontraron. Sufriendo el agrí dulce penar de aquella que ama y que espera al elegido, llegó a la fuente, llenó de agua su rojo cántaro de barro y púsose a bañar. Se sumergió en las claras linfas y desbordante de repentina alegría, gorgéo una risa tan musical como un canto de ave.

—¡Ana María!

El imprevisto llamado ahogó en su garganta aquel gorgéo de niño o de pájaro—¿quién distingue las infantiles risas del canto de las aves?—Púdica, envolvió el día de su cuerpo en la noche de su cabellera perlada de agua, como en manto tachonado de estrellas. Luego de vestirse recogió los húmedos cabellos, enseñando la blancura de la nuca, resaltante bajo la grave corona de las trenzas.

Rato después llegó el desconocido, la dijo palabras doradas y sabrosas como las mieles de la selva, desfloró su boca con voluptuosos besos, estrechó su cintura con el brazo hercúleo...

Cuando se alejó, oyó una voz bronca de pasión y de de celos:

—Sabe, Ana María, que la mujer del *Isleño*, no puede ser de otro.

¡El *Isleño*!

Sonaba en toda la comarca el sobrenombre famoso. El *Isleño* se internaba, de tiempo en tiempo, en las peligrosas selvas, rastrea la huella de las fieras y obsequiaba a sus amigos con piel de jaguares caídos a los golpes de su daga.

¿Quién no oyó narrar pintorescos episodios de su vida aventurera? Culpable de vengar con la muerte los ultrajes de un rival, peregrinaba errante por todos los valles, sin hogar y sin afectos, montado en su alazán hermoso como un joven centauro de la Hélade refugiado en los bosques guaraníes.

Conocía los misterios de las grandes selvas milenarias